

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, dcha.

Suscripción.

Un año..... 8,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,16

Pago adelantado.

UN CONTRASENTIDO

Cuando muere un niño, pasa un ángel de la tierra al cielo.

El ciudadano de acá abajo adquiere título de ciudadanía allá arriba. En esto todos estamos conformes. Todos los creyentes, que de los no creyentes no se trata.

Así lo hacen constar los padres de los niños en las tarjetas mortuorias, diciendo: «El niño N. N. ha subido al cielo a los tantos años de edad.» Es una hermosa profesión de fe de los padres cristianos que creen en la eficacia del bautismo para dar el cielo a sus hijos, inocentes y puros después de recibirlo, muertos antes que la malicia mudara su entendimiento, ó la fición mundana engañara su alma.

«Ha subido al cielo el niño N. N.» Esto es hermoso y consolador. ¿Qué mayor consuelo para un desterrado que llegar á la patria querida? ¿Qué mayor consuelo para los padres de un desterrado el saber que su hijo salió libre de la cárcel con todos los pronunciamientos favorables, y que obtuvo el permiso para volver á su casa?

Pero ahora viene el contrasentido. En las mismas tarjetas mortuorias, donde los padres confiesan la gloria, la libertad, el triunfo soberano y definitivo de su hijo, que todo eso se significa con la frase «ha subido al Cielo», dicen á continuación: «Sus desconsolados padres N. N.» ¿Cómo desconsolados? ¿Por qué ese desconsuelo? ¿Por qué ese su hijo ha subido al cielo? ¿Por qué llegó á la patria? ¿Por qué ha sido coronado en gloria? ¿Por qué está en lugar seguro y libre de padecimientos, de penas, de dolores, de privaciones, de fatigas, de sobresaltos, de todo género de trabajos? ¿Por qué le ha caído una herencia incomparable, que nunca podrá perder, que nadie le quitará, y que por mucho que gaste no ha de disminuir lo más mínimo? ¿Es por alguna de estas cosas por las que los padres del niño se llaman desconsolados? Sería horrible pensar, cuando más decirlo; puesto que cualquiera de los motivos apuntados lo es de alegría, regocijo y consuelo, jamás de desconsuelo.

Entonces, ¿por qué se llaman desconsolados?

Sigamos leyendo: «Sus desconsolados padres... tienen el sentimiento de participar á Ud. tan sensible pérdida.» «Pero ese niño que subió al cielo, se ha perdido? ¿Es quizá el cielo un lugar de perdición? Así parece que lo confiesan los padres al hablar de la pérdida de su hijo, después de habernos dicho que había subido al cielo. Pero evidentemente no es esa su intención ni eso quieren decir, aunque lo digan.

«En qué quedamos, pues? La subida al cielo de un hijo, ¿es pérdida ó es ganancia para él y para sus padres? Para él no puede ser pérdida, sino la mayor de las ganancias, puesto que ha conseguido la bienaventuranza, ha logrado la dicha inefable de ser feliz por siempre jamás, dicha á la cual todos aspiramos y por ella trabajamos siempre y en todas ocasiones y en todos nuestros actos, que todos van dirigidos á conseguirla. El subir al cielo un hijo no es pérdida para él, sino todo lo contrario.

Pero lo que es ganancia para el hijo, también es ganancia para los padres, que se gozan y regocujan con las ganancias de sus hijos. Lo contrario no sería amor paternal, sino egoísmo depravado. ¿Qué dirían de un padre que considerara como pérdida propia la ganancia de su hijo? ¿Que hablara del sentimiento producido en él por la noticia de haber tocado á su hijo el premio gordo de la lotería de Navidad? ¿Cómo llamarías á este padre? ¿Qué epíteto le aplicarías?

Pues ahora reparad que el premio gordo comparado con el cielo es menos que una peseta comparada con todo el oro del mundo; menos que un celemin de sembradura comparado con todos los campos laborables de la tierra.

Luego tampoco puede considerarse como

pérdida para los padres el que su hijo haya subido al cielo. ¿Cómo, pues, se nos habla de «tan sensible pérdida»? Ahí está, lo mismo que en las frases anteriores, el contrasentido, que es enorme el que encierran las tarjetas mortuorias de los niños, afirmando al principio lo que vienen á negar después. Afirman que el niño subió al cielo, y á renglón seguido hablan del desconsuelo que produce en los padres esta subida, del sentimiento que les produce tener un hijo en el cielo, y de la pérdida de su hijo que está en el cielo. Lo cual quiero decir, ó que no creen que el cielo sea cielo, ó que no creen que su hijo está allí. Porque si creyeran ambas cosas, ni estarían desconsolados, ni tendrían ese sentimiento que manifiestan, ni hablarían de la pérdida de su hijo.

¿Cómo se explica esa tan enorme contradicción?

Sencillamente me la explico yo. Cuando hablan los padres de que su hijo ha subido al cielo, habla en ellos la voz de la gracia; cuando mencionan su desconsuelo, su sentimiento y la pérdida del niño, es la naturaleza la que habla; y no siempre la naturaleza va de acuerdo con la gracia. Pero es conveniente, es necesario, que en este punto vayan de acuerdo y no se pongan los padres en contradicción consigo mismos.

¿De qué manera? Modificando un poco en sentido cristiano las tarjetas mortuorias, que podrían ponerse así, poco más ó menos.

«El niño
N. N.

Ha subido al cielo el día (tantos de tal mes y año.)

Sus padres N. N., al dar á Ud. cuenta de la elección que Dios ha hecho de su hijo para coronarlo de gloria por sólo su bondad, le invitan á darle sentidas gracias por tan especial merced concedida á su querido hijo, que les ha dejado en este valle de lágrimas con la esperanza firme de reunirse de nuevo á él para siempre, rogándole al propio tiempo su asistencia á la traslación de sus santos restos al cementerio (tal día á tal hora), y á la Misa de gloria que se celebrará en (tal Iglesia á tal hora). En ello recibirán especial favor.»

Aquí se ve un mismo pensamiento, el pensamiento de la fe, que domina desde el principio hasta el fin. Y se respeta con el silencio el natural dolor de los padres que, como cristianos, saben agradecer el favor concedido á su hijo, aunque sus paternos entrañas sientan en lo más vivo la ausencia temporal del ser amado. ¿Por qué no se ha de hacer así ó de otro modo análogo?

v.

La grandeza de España por el catolicismo.

Autoridades nada sospechosas.

El periodismo liberal, tanto de España como de fuera de ella, ha llenado el mundo de clamorosos insensatos para demostrar que el catolicismo es lo que perjudica á España: ¡qué aberración!

Aunque la historia está ahí muy patente con hechos indestructibles, citemos algunos testimonios, que son de valer para los mismos liberales.

II

De Sales y Ferré.

De Sales y Ferré son estas palabras, con las que confiesa y reconoce que el catolicismo, la fe católica, es el nervio de la nacionalidad española:

«¿Qué diferencia—dice el Sr. Sales,—entre los españoles del siglo XV y los españoles de principios del siglo XX! Entonces éramos un pueblo brioso, heroico, penetrado del sentimiento de la patria, de gran poder inventivo, que marchaba á la cabeza de los pueblos de Europa y daba á éstos la norma. Hoy somos un pueblo decrepito, indiferente, huérfano del sentimiento nacional, huérfano de principios morales, que vamos á la zaga de Europa y que, en vez de inventar, ni siquiera servimos para imitar los adelantos que se hacen fuera.»

INDULGENCIAS PARA DIFUNTOS

Nos ha llamado la atención el cambio que algunos Prelados han introducido en los Rescriptos impresos para conceder indulgencias por los fieles difuntos. Antes estaban otorgadas en absoluto y forma sencilla; mas ahora declaran nula la concesión en caso de publicarse la gracia concedida en los periódicos anticlericales y en los que atacan al Clero y á la Religión.

Muy bien nos parece la resolución de los Sres. Obispos, porque era repugnante y escandaloso el ver á diario en periódicos librepensadores, ateos y racionalistas, publicada la concesión de Indulgencias, en las cuales no creen, y en beneficio de fieles difuntos cuando niegan la existencia del Purgatorio y hasta la inmortalidad del alma.

Es razonable que vayan á explotar otra industria y que dejen las gracias espirituales para los que creen en Dios y la vida futura. No se puede comer á dos carrillos.

¡Surrexit!

Cerró la noche, y su pesado velo, tímidas las estrellas no rasgaron, ni el sepulcral silencio con su vuelo los pájaros nocturnos perturbaron; la tierra triste, enojado el cielo, bien á todas las razas declararon que con el hombre que en la cruz moría la lumbre de las almas se extinguía.

Pues la vida era Él, por eso mismo, cuando baja á los senos de la tumba, presintiendo la muerte el cataclismo, pesa por la tierra su balumba; ¡ah!, que coexistir en el abismo, no puede con aquel que la derrumba, y así la noche aquella, muy inquietos, se sintieron vagar los esqueletos.

Fantasma de siniestra catadura dan á la noche misteriosa vela, se oye de los barrancos en la hondura monótona y medrosa cantinela, como el chisporroteo con que apura su postimer atento la candela, mientras que en su triunfo adormecida yace Jerusalén la Decidida.

¡Y qué triunfo el suyo! ¡qué victorial al humilde y mansísimo cordero que convidaba al pobre con su gloria y sólo bien hacía al mundo entero, tras una causa inicua é irrisoria, azótale cruel, en vil madero se hace clavar, y cuando triste muere aun con saña feroz su pecho hiera.

Y ni aun muerto la misera reposa, que atrevida y prozac con Él desciende hasta las lobregueces de la fosa; encerrado su cuerpo, activa atiende á precipitar la funeraria losa; pone guardias sobre ella, así pretende resistir á los cielos ¡qué locura! ó convencer al Justo de imposturas.

Mas ya el imperio de la noche fina, las sombras rasgan su tupido velo, luz de aurora rosada, purpurina clara en el azul, hermoso cielo, para dicha de todos se acerca el día más hermoso que vio el suelo, en las alturas el querube canta, y del polvo la Vida se levanta.

Resucita, Jesús, el bando impío aún ocultar intenta su derrota; mas ¡qué valen argucias ante el brío con que la iniquidad su mano azota? reconquistó el Señor su poderío y fué anegada la enemiga flota, allí está su esplendor, el Santo Fuerte, hollando los despojos de la muerte.

El es Jesús, el Hijo del Eterno,

que de una Virgen en la pura entraña encarnó, y por librarnos del averno en el pobre portal de una cabaña vino á nacer, cuando el helado invierno recubría de nieves la montaña, y la noche callada y pavorosa mediaba en su carrera misteriosa.

A los ojos del mundo, el artesano, hijo de humilde obrero que en labores serviles ocupó de su mano y comuró su pan entre sudores, obrador de prodigios, soberano, Maestro que confiaba á los Doctores, sin que á sus enseñanzas asistiera, ni las letras humanas aprendiera.

Viéramos predicando su doctrina que inefables amores atesora, del campo en la aromática colina ó sobre humilde barca pescadora, á muchedumbre que á su voz se inclina y penitente sus pecados llora, ¡ah!, y vuestro corazón también llorara y rendido á Jesús se le entregara.

Que era Él la dulzura de los cielos, el encanto del alma, su armonía, el sol resplandeciente que los hielos de la dura concioncía derretía; por eso iban á Él los pequeñuelos como las aves van buscando el día; conociendo al Señor de los Señores, ¡quién pone en otra cosa sus amores!

Alcemos, pues, cristianos, la mirada arriba, nuestra patria, que es la gloria, Jerusalén la excelea libertada, y al recordar de Cristo la victoria sobre la muerte lúgubre alcanzada, bien podemos decir, no es ilusoria nuestra fe en lo inmortal, ¡al cielo! ¡al cielo! nos precede Jesús, nuestro modelo.

S. O. Montenegro.

La causa del mal....

- Señor.
- ¿Qué ocurre, Macario?
- Otra bomba.
- ¿Otra bomba?
- Otra bomba.
- ¿En dónde?
- En Barcelona, lo acabo de leer en este diario.
- ¿Y quién ha tirado esa bomba?
- Cualquiera lo *endivina*.
- Todo sea por Dios.
- No, pues yo no *m'entivocaría* de mucho, quien *tié* la culpa de *tos esos estropicios*.
- Vaya, ya estás haciendo juicios temerarios.
- Es que no *m'entivocaría* ni un pelo de conejo.
- Vanos á ver, pues, quién tiene la culpa; porque si no lo dices, hoy es el día que revientas.
- Pues el Gobierno, ya está dicho, el Gobierno *tié* la culpa de *to* lo que está pasando.
- Mira, Macario, yo creo que te se va un poco la lengua y no miras lo que dices.
- Quid*, no señor, no; *miusté, pa mí*, España es como una casa; el Gobierno, pongo por caso, es el padre, y *nosotros* los hijos; pues si los hijos hacen algún *chandrío*, el padre *tié* la culpa, por no *educalos* mejor. Me *paice* que la cosa es clara y más fija que el sol. En mi pueblo había un mozoico que no *ejaba* en paz á *denungo*; al uno le robaba una gallina, al otro le arrancaba las tomatas del huerto, otras veces le pegaba á cualquiera, sin más ni más. Pues lo que *icía to'* mundo: «no *tié* él la culpa, no, sino su padre que no le consiente; si *ca* vez que hace algún *estropicio* le rompiera un par de costillas de un estacazo, no lo *golpearía* á hacer.» Y tenía razón la gente.
- Pero, hijo mio, ¡qué más va á hacer el Gobierno? Ya tiene montado el cuerpo de policía para vigilar á los malos y meterlos en